

LAS SINGULARES COINCIDENCIAS
DE DOS GENIOS MUSICALES:

MOZART y ARRIAGA

Por ISIDORO DE FAGOAGA

El destino, la Providencia o como quiera llamársele, ofrece a veces las más desconcertantes coincidencias. Estas coincidencias, unos las atribuyen al mero azar, otros a las leyes inexorables del determinismo y no faltan quienes, adentrándose en esa tupida selva de las predestinaciones espirituales, explican tales fenómenos como una simple trasmigración de las almas.

Sin la pretensión de zanjar un pleito viejo como el mundo, vamos a reseñar escuetamente, con simples datos y cifras, las sorprendentes analogías que existen entre dos genios musicales: el alemán Mozart y el vasco Arriaga.

Juan Crisóstomo Wolfgang Amadeo Mozart nació en Salzburgo el 27 de enero de 1756. Cincuenta años más tarde, el mismo día y mes veía la primera luz en Bilbao Juan Crisóstomo de Arriaga. Cual Mozart, Arriaga estudió desde la primera infancia el piano y el violín. A los trece años, como Mozart, el niño bilbaíno compuso una ópera. Adolescentes, el uno y el otro marcharon a París y, en aquella ciudad, ambos recibieron lecciones de piano y música. Padecieron, por extenuación, igual enfermedad del pecho, y sus agonías, tan precoces como sus genios, fueron de una alucinante identidad.

Mas, con ser muchas, no terminaron allí sus analogías: las paralelas de sus vidas —y esto es lo que más nos sobrecoge— se prolongaron más allá del misterio de la muerte: el cadáver de Mozart fue enterrado en Viena, en la fosa común; otro tanto aconteció con el de Arriaga en París.

En verdad, el cotejo asombra y desconcierta por su reiterada similitud. No en vano el juicio popular, con su aguda facultad de calificación, llamó a Juan Crisóstomo de Arriaga «el Mozart vasco».

En cuanto a la universalidad de sus obras respectivas, de sobra se comprende que el alemán la alcanzó con toda plenitud, no sólo por la excelencia de su genio, sino también porque su vida, con ser corta, fue considerablemente más dilatada que la del vasco, ya que éste murió poco antes de cumplir los veinte años. Fue, pues, «una estrella fugaz en el firmamento del arte», como con acertada metáfora lo definió un vate de su tierra.

Producción copiosa y de alta calidad

Sin embargo, la producción musical de este adolescente genial — que mereció la fervorosa admiración de Cherubini, director a la sazón del Conservatorio de París — fue copiosa y de altísima calidad. Enumeremos algunas: la *Obertura*, que escribió a los doce años; la ópera *Los esclavos felices*, que la compuso a los trece y fue estrenada en su ciudad natal; la *Fuga* a ocho voces, inspirada en las palabras del Símbolo de los Apóstoles *Et vitam venturi...* y que Cherubini calificó de «obra maestra»; una *Salve Regina* que estrenó el tenor Nourrit en los funerales del celeberrimo cantor Pedro Garat, más conocido por el «Orfeo de Francia»; una *Misa* a cuatro voces; las deliciosas *Romanzas y Cantatas* sobre poesías de autores franceses; una serie de *Estudios y Caprichos* para piano y por último, la *Sinfonía en re menor*, que terminó a los diecinueve años, pocas semanas antes de su muerte.

Algunas de estas obras, «en las que brilla la llama del genio», como las calificó Fétis — su maestro de fuga y contrapunto y autor, entre otras obras, de la monumental *Biografía universal de los músicos y bibliografía general de la música* —, han podido rescatarse tras empeñosas búsquedas. Dos de ellas, la *Sinfonía en re menor* y la *Obertura* de la ópera *Los esclavos felices*, fueron editadas en 1950 por iniciativa de la Junta de Cultura de Vizcaya y admirablemente ejecutadas con motivo de celebrarse el sesquicentenario del nacimiento del glorioso compositor.

Merced a la labor meritoria de la mencionada Junta, varias de las obras señaladas han alcanzado una merecida difusión, especialmente en Norteamérica, donde, además de la fundación de la *Arriaga Society* en la ciudad de Golden (Colorado), un número considerable de orquestas — las de Nueva York, Baltimore, Chicago, Minneápolis, Filadelfia y otras ciudades de dentro y fuera de la Unión — han incorporado a su repertorio las producciones instrumentales hasta ahora descubiertas de Juan Crisóstomo de Arriaga.

De esta suerte, la obra del compositor, que durante más de un siglo fue totalmnte olvidada por el mundo artístico y, lo que es peor,

por sus propios connacionales, va siendo objeto de una justa y merecida reparación.

Asimismo vanse rectificando algunos errores referentes a la vida, en verdad meteórica, de aquella prodigiosa criatura. El primero y de cierta importancia, pues se le dió sanción oficial, es el que se relaciona con el lugar o cuna de su nacimiento. Se ha afirmado y repetido como artículo de fe que Arriaga nació en la calle de Ronda, «en la misma casa en que cincuenta y ocho años antes que yo naciera Juan Crisóstomo de Arriaga», según escribe Miguel de Unamuno en su libro autobiográfico *De mi país*. Así lo creía don Miguel y el propio Ayuntamiento con él de la Villa, ya que en la fachada de la mencionada casa podía leerse, hasta hace pocos años, una lápida que daba testimonio de ello. Hoy está probado que Arriaga nació en la calle de Somera, número 51; fue a los cinco años de edad cuando su familia se trasladó a la calle de Ronda, a la que sería casa natal de Unamuno, y donde aquél vivió hasta los dieciséis años en que marchó a París.

Más que «milagro», fruto del medio

En cuanto a ese otro aspecto de los llamados «niños prodigios», su planteamiento significaría volver a las premisas que encabezan el presente ensayo. No obstante y para atenernos al caso de Arriaga —y quizá también al de Mozart—, declaremos que si las denominaciones de «prodigio» y «milagro» pueden ser satisfactorias desde el punto de vista semasiológico, nada, por el contrario, nos explican en forma exhaustiva como fenómeno psicológico y, por ende, artístico.

No; el de Arriaga —y el de muchos otros ejemplares de temprana relevación musical— no es un milagro, sino el fruto lozano de un medio propicio y ya en sazón para esa índole de floraciones. Como también, en lo que atañe al individuo, el exponente preclaro de una acendrada vocación aflorando en un terreno abonado por sucesivos aportes de herencia y de perseverante dedicación.

Ahora bien; estas condiciones de naturaleza individual, de disciplina adecuada y de medio o ambiente propicio se daban en el caso de Arriaga y del Bilbao del siglo XIX. «El trato social, fomentado en los hogares con más frecuencia y cordialidad que ahora —apunta Esteban Calle Iturrino—, tenía en la música su principal estímulo, y en aquellas reuniones hogareñas, en las que se arropaba el germen de las entidades filarmónicas de España, se oyeron las obras de todos los grandes músicos europeos». Y luego agrega: «Por su abolengo (se refiere al de Juan Crisóstomo) también podría justificarse su asombrosa y genial revelación, porque tanto ascendiendo por la rama de los

Arriaga, como por la de los Balzola se encuentran hombres y mujeres destacadísimos en el cultivo de las letras y de las artes. Su aparición, de consiguiente, estaba proyectada en el futuro de la Villa desde hace más de un siglo».

La explicación, formulada por uno de los mejores conocedores de la familia Arriaga-Balzola, podemos darla por válida en tanto, repetimos, no tengamos de ciertos vocablos abstractos, aplicados al humano linaje, una demostración más satisfactoria.

Remoción arbitraria de un magnífico monumento

A principios del presente siglo, la villa de Bilbao, que ya había dado el nombre de Arriaga a su teatro más importante, quiso dedicar a su glorioso hijo un recuerdo más personal, más directamente evocativo y de una alegoría más plástica. La idea fue cabalmente recogida y plasmada por aquel gran escultor y fino orfebre que se llamó Paco Durrio. Era un monumento magnífico, vaciado en bronce y, sin duda, uno de los motivos de más legítimo orgullo de los bilbaínos. Sobre un basamento de piedra en planos superpuestos, se erguía una figura de mujer, desnuda, que abrazaba una lira elevándola como una ofrenda hacia el cielo. Representaba a la musa Euterpe, símbolo de la Música, y era por la pureza de sus líneas y la armonía de sus proporciones de una venustez perfecta. En el pedestal, sobre una máscara que simbolizaba el Teatro, se hallaba esculpido, en caracteres cubitales, un sólo nombre: ARRIAGA. ¡Misterios de la afinidad artística!. El inmenso ámbito del Parque se diría como centrado en esta divina Musa que, sólo con los dedos de los pies apoyados en el pedestal, parecía lanzarse al espacio.

Hemos empleado en la descripción el tiempo pretérito porque este monumento por motivos que ignoramos, fue removido hace algún tiempo de su emplazamiento y suplantado por otro cuyo valor artístico, por motivos obvios, preferimos no juzgar.

* * *

Dijimos al principio que Arriaga fue enterrado en la fosa común del cementerio de Montmartre, en París, en aquella necrópolis que, por su sencillez y su austeridad, se diría el riente camposanto (1) de un villorrio vasco. Allí, aunque lejos de los suyos en la sangre, no lo está de sus hermanos en el espíritu. Bajo las frondas de los plátanos repo-

(1) Camposanto, como prefería llamarlo Unamuno, y no cementerio.

